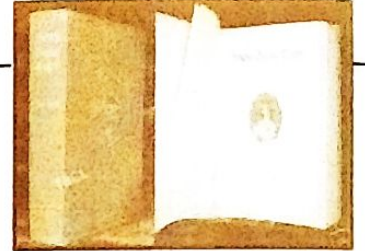




El dulce vicio de escribir



La escritora danesa, nacida en 1885 y muerta en 1962, que firmaba con el seudónimo de Isak Dinesen (su nombre verdadero era Karen Blixen), nos legó hermosas obras literarias, entre las que destaca *Memorias de África*, relato autobiográfico inspirado en su larga estadia en ese continente (vivió en Kenia hasta 1931). La carta que aquí reproducimos fue precisamente escrita ahí, y está dirigida a su hermano mayor Tommy. Le refiere la fascinación experimentada cuando descubrió la caza.

Mbagathi Estate
Nairob
(Recibido el) 17 de octubre de 1914?

Mi querido Tommy:

Te envío esta carta a ti porque de los de casa eres el que mejor comprenderá la felicidad que me causan los acontecimientos de que trata. Durante cuatro semanas he visitado los felices terrenos de caza y es como si acabara de salir de la magnificencia de la gran naturaleza salvaje, de la vida de los tiempos primitivos, hoy como hace mil años, del encuentro con los grandes animales de presa, que impresionan y emocionan, que se fijan en la mente hasta el punto de llegar a convencerse una de que solamente por los leones ya vale la pena vivir. Fuertes como el aire de las altas montañas, atezados como su sol, llenos de su belleza libre, salvaje, potente, en días de calor cegador, en grandes noches de claro de luna. Pido humilde y lealmente perdón a los cazadores, cuyo éxtasis por la caza yo hasta ahora no comprendía. No hay nada en el mundo como la caza. Justo antes de salir de caza me dio Bror un rifle, 256, con mira telescópica, un arma espléndida, con la que al principio me infundía verdadera angustia disparar, pero que he ido aprendiendo a utilizar poco a poco. Bror es un estupendo profesor. Enseguida, en el primer día, consumí una caja entera de cartucho, y como tenía muy pocos puse gran cuidado con los disparos; disparé cien cartuchos y cobré cuarenta y cuatro reses. Es fácil sentirse tentada a disparar sin demasiada distancia, pero Bror me disuadió de ello con mucha severidad, y con gran habilidad me llevó hasta estar cerca de la pieza. Así y todo he aceptado a ponerles una bala en el corazón a cuatrocientos metros de distancia a ñus y topis. Cobré veinte clases distintas de caza: todas las clases corrientes de venados, cebras, antas, antilopes, dik-dik, marabús, clacates, cerdos, un león, un leopardo, cantidad de aves grandes; con escopeta me es imposible disparar, todavía me duele como una espina en el corazón un gran leopardo que una manada temprano, y acercarse por una colina y pasearse delante de mí a cien metros de distancia, tranquilo, majestuoso; si no fuera porque soy una verdadera tonta lo habría matado. Ahora pienso que se había acercado para lanzarse sobre un Kill que yacía delante de mí y no disparé, y al menor movimiento o ruido desapareció súbitamente. También he visto dos leones a la luz de la luna a cinco metros de distancia, y les he oído devorar una cebra con un ruido sobrehumano.

Íbamos en tres carromatos de mulas, con nueve boys. Esta era una manera nueva de salir de safari y causó cierto escepticismo; la gente, en general, va con faquines y carros de bueyes, o que lleva por lo menos el doble de tiempo y complica muchísimo las cosas. Nuestro safari fue hasta el Guaso Nyiro, un río que por un lado está a doscientas millas de la civilización y por el otro a cuarenta. Esta es la reserva de Lomari, y se ve a estos por todas partes con sus grandes manadas de bueyes y sus rebaños de ovejas. Con ellos va una peste: las moscas que están siempre a punto de comérselo a uno vivo. El interior de la tienda se vuelve negro de moscas, y a poco que ponga uno un pie delante le pasa inmediatamente lo mismo. No hay más remedio que acostumbrarse a ellas, total, que acabé dejándolas que me recorriesen la cara sin ponerme nada nerviosa. Los masai tienen siempre las comisuras de los ojos llenas de moscas, y no les preocupa en absoluto. El camino hacia abajo pasa por un trecho mesetario y es muy difícil, porque el camino es terrible sobre toda ponderación; se conduce sobre pedruscos, como los que sobresalen del lado de una pirámide, con la rueda izquierda a seis varas más de altura que la derecha. Se tarda cuatro días. Y además por aquí no hay casas pero por lo menos así se evita el terrible bosque de maleza, la llanura se ensancha: rodeada de un tremendo panorama de montañas azules se extiende la gran meseta delante de uno, hirviendo en game. Ahora bien, la caza no es aquí tan bonita como en nuestro territorio. Las cebras son simpáticas, pero parecen caballos, los ñus parecen peligrosos, pero no lo son; una manada de jirafas ofrece un espectáculo verdaderamente maravilloso, y la primera vez no acaba uno de creer lo que está contemplando con sus propios ojos al verlas acercarse con su incomprendible altura y delgadez, como una manada de grandes reptiles y con sus insólitos movimientos como si se estuviesen acunando. (...)

La noche siguiente la pasé en la bonta y cacé un leopardo enorme y de gran belleza, y vi por la mañana al que no había alcanzado, fue como una aparición. Y ¡ay! tuvimos que volver, y bien que me dolió. De las grandes llanuras salvajes seguimos hacia el norte, abandonamos a los masai, no oímos ya leones, llegamos de nuevo a los stores situados más lejos. Encontramos a hombres blancos, llegamos a la estación de ferrocarril de Kijabe, vamos en tren y Rundgren nos vino a buscar en motorcar.

En la finca todo seguía bien. Pero, ¡cuánta monotonía trae la civilización a nuestra vida! La seguridad misma, que la vida busca con todas sus fuerzas, y su anhelo por conocerlo y clasificarlo todo, la dejan sin ningún encanto -únicamente en las ciudades verdaderamente grandes vuelve de nuevo la "jungla"...

